

## CULTURARTS, ¡DEVUÉLVEME EL SEISCIENTOS!

Hablemos de las artes escénicas (teatro, danza, circo, música) valencianas.

Que las cosas que yo pueda decir resulten más o menos interesantes, más o menos acertadas o convincentes, no quita importancia al hecho que cada vez las digo con más indiferencia, con más desesperanza y con más repugnancia (Pavese *dixit*).

Que pueda dejar caer alguna agudeza se explica por mi vehemencia –tantas veces fatal para mí– o por mi pasión por algunas cosas de esta vida mía informe, instalada desde siempre –y para siempre– en una montaña rusa.

Lo que cuenta es el convencimiento de la inutilidad de tanta insistencia en los mismos argumentarios; cada vez el esfuerzo parece más inútil y más indigno. Pero también cuenta la necesidad de continuar, de seguir reinventándose –eso forma parte del ADN de esta profesión, ¿no? –, de la búsqueda de nuevos caminos (si puede ser, asfaltados, por favor).

Una duda es si me toca todavía a mí; una duda que se desvanece rápidamente, al mismo tiempo que se me formula en el cerebro –ya lo sé– y mientras giro la cabeza ansioso, esperando el empuje y las ideas de las nuevas generaciones. Pero habrá que decir que no es necesario que las generaciones que lleguen se lo encuentren todo por hacer, o mejor dicho: se lo encuentren todo deshecho.

Y otra duda: en el momento más crítico de los últimos treinta o treinta y cinco años, la desazón, la preocupación por elegir entre la supuesta violencia de la ruptura con la condescendencia y el pacto eterno, o hacer otra vez, como se nos pide, un acto de buena voluntad, porque es lo mejor que podemos de tan débiles como somos... Hagámoslo, pues.

Para forjarse como creador, o como persona, no es necesario el sufrimiento porque sí. No es necesario pasar hambre para valorar la comida. Quizá no sea absolutamente necesario que todos los nuevos creadores atraviesen por una época de corredores de fondo, solitarios y desamparados.

Si los pioneros han abierto caminos, justo es que los recién llegados encuentren esos caminos bien asfaltados, entre otras por dos razones principales: para dotar de sentido al sufrimiento de los que les antecedieron y porque ellos tratan de avanzar y abrir nuevos. A eso se le llama *sentido común* y a eso se le llama también *progreso*.

Aquellos caminos de polvo y piedras que existían en los años setenta y ochenta, habían llegado a estar, hasta no hace mucho, razonablemente arregladitos y razonablemente preparados para avanzar. Y, ahora, alguien ha perdido la razón; quiero decir: la cordura.

He estado pensando en los polígonos industriales municipales, impulsados desde la propia administración. Si no me equivoco, una administración pública se plantea la creación de estos polígonos como una infraestructura que facilitará las cosas a empresas de todo tipo. La administración facilita la creación de la infraestructura y los servicios necesarios para el progreso de las empresas; ellas pagarán sus impuestos y de esta forma la administración mantendrá viva esa infraestructura que dará trabajo y progreso. Si las cosas no suceden así, ya me lo corregirá alguien, pero *si non è vero, è ben trovato*.

El Polígono Industrial de nuestras artes escénicas y musicales se encontraba, hasta hace muy poco, razonablemente estructurado, como otros sectores económicos. Es decir, contaba con:

- 1.- Ayudas a proyectos de producción, infraestructuras y creación / investigación.
- 2.- Plataformas de lanzamiento y promoción: festivales, muestras y ferias.
- 3.- El mercado, los clientes: *Circuit de Teatre i Dansa* y la *Xarxa Musical*.

Hace ya muchos ejercicios presupuestarios que las Ayudas, además de reducidas, se convocan, se conceden y se abonan con un retraso inasumible para las compañías / empresas que, pese a eso, han de hacer frente a sus obligaciones no solo con Hacienda sino también con la propia reglamentación de la convocatoria de las ayudas que provoca situaciones perversas.

Sucede lo mismo con las ayudas a las Sociedades Musicales. Eso sí: a los gobernantes se les llena la boca con la afirmación de que las bandas son el rasgo más importante de nuestra cultura, mientras sobreviven con dificultades y han

de cerrar muchas de sus aulas docentes. Dicho sea de paso, inexplicablemente, las sociedades musicales no dependen de la *Conselleria d'Educació i Cultura*.

Por lo que respecta a los festivales, ferias y muestras, la mayoría se mantienen, con presupuestos mermados por supuesto, gracias a que dependen de los ayuntamientos que los organizan. Curiosamente, algunos de los que dependen únicamente de la Generalitat hace ya tiempo que han perdido, para las compañías valencianas, buena parte de su razón de ser y de su importancia.

La red de festivales está bien construida, puede hacer cada año un diagnóstico de las artes escénicas valencianas y facilita plataformas específicas de promoción: la *Mostra d'Alcoi* para el teatro, Vila-Real para el teatro de calle, Sueca para el teatro gestual, *Dansa València* para la danza, Xirivella y Altea para el circo y los payasos, Albaida para los títeres, *Ensems i Aielo* (¡casi muerto, ay!) para la música contemporánea, concursos provinciales y de la Comunidad y *Retrobem la nostra música* para las bandas, Mislata para el teatro amateur, etc.

El *Circuit de Teatre i Dansa* y la *Xarxa Musical*, han sido suprimidos con más o menos eufemismos. Impulsados desde la Generalitat y los Ayuntamientos, unos proyectos vertebradores como pocos de todo el país, son la estructura (¡baratísima! Haced números) que permite que los ciudadanos de toda la Comunidad disfruten del teatro, la música, la danza y el circo que se produce aquí y fuera. Un ciudadano de Elx, Requena o Benicàssim tiene derecho a que sus impuestos, muchos o pocos, destinados a cultura, no les aprovechen solo a los que viven en la capital del reino.

Esta estructura de espacios culturales en funcionamiento son el primer campo de trabajo de las empresas valencianas productoras de artes escénicas, Por mucha crisis que haya, una administración no puede cerrar el polígono, o una parte significativa de él, lo que llevaría a la muerte a su totalidad. Puede reducir servicios, puede apagar la mitad de las farolas, puede reducir la frecuencia de la limpieza... pero no puede hacer que desaparezca todo. Eso es un asesinato o un suicidio.

Las plataformas de promoción y venta, y el mercado que conecta productores y consumidores (es decir: circuitos y festivales) conforman el polígono industrial mínimo que la administración debe respetar. A partir de eso podremos hablar de otros temas, pero lo primero es dejar trabajar.

Hace unos años (ya lo saben) la administración se dedicó a prometer grandes Leyes y Ciudades del Teatro que iban a ser la solución de todo. Ahora se llama *Culturarts*. Siempre prometen el Mercedes que nos conducirá a toda velocidad hasta no sabemos dónde (alguien se ha tomado al pie de la letra, lo del Mercedes, digo). Pero mientras llega ese gran bólido, ¿qué necesidad había de dejar aparcado sin razón alguna el Seiscientos que nos iba bien de momento y que tanto nos había costado poner en marcha? ¿Se le puede poner gasolina al Seiscientos que nos han aparcado a la fuerza y sin saber por qué? Simplemente: un veterano compañero de Castellar, experto en la administración autonómica lo verbalizó el otro día: si la Consellera [de Educación, Cultura y Deportes de la Generalitat valenciana] Català quiere, puede mañana mismo a las ocho de la mañana, poner en marcha ese Seiscientos, reabrir esa parte del polígono que es el circuito de las artes escénicas; con todas las reducciones que haga falta, pero dejándolo en marcha. Dejando respirar. Dejando vivir. Dejando trabajar.

Cuántos problemas se solucionarían aplicando las leyes, sin necesidad de crear nuevas que nos roban un tiempo y unos presupuestos que, precisamente, son necesarios para cumplir las leyes ya existentes, lo que pondría en marcha, además, las soluciones a los problemas y a las carencias actuales.

Es necesario gestionar con racionalidad lo que tenemos e ir recordando, día a día, que la cultura es un derecho de los ciudadanos y no un lujo. Y, ya puestos: que la cultura puede llegar a ser un negocio no significa que este sea un rasgo definitorio de aquella. Eso es una perversión y una obscenidad. Es, por definición, un acto de incultura.

Nuestros gobernantes hablan, desde hace tiempo, del gran impulso cultural y se les llena la boca con eso de que todo el mundo admira nuestros... ¿pintores?, ¿músicos?, ¿actrices?, ¿directores de cine y de teatro?, ¿bailarines y bailarinas?, ¿escritores?, ¿poetas?, ¿dramaturgos?, ¿pedagogos?, ¿arquitectos?, ¿diseñadores? No: Espacios, con mayúsculas, grandes contenedores, grandes eventos y grandes cifras: de espectadores, de visitantes, de ocupación hotelera- Y, por supuesto, los nombres de los políticos y de los burócratas que van unidos a lo que acabo de decir. No hace falta decir nombres.

Se conoce más al director del teatro que al director de teatro; más, al director del museo que al pintor. Los *Consellers d'Educació i Cultura* han de sobrevivir a la cultura y a la educación; las directoras de *Teatres* han de sobrevivir al mismo centro. El presidente Camps llegó a hablar, incluso, de un

nuevo Renacimiento entre nosotros, pero enumeraba como hitos de este, ni libros, ni cuadros, ni obras maestras, ni avances científicos, ni artistas, sino eventos, lugares, espacios sin contenido, estadísticas...

Simple virutas para fallas. O, mejor dicho: el gran desierto, la Gran Estafa para un futuro que ya está aquí.

Toni Pastor.  
Gestor cultural.  
Mayo de 2013.